CARME CHAPARRO

AUTORA DE «NO SOY UN MONSTRUO»

LA QUÍMICA DEL ODIO

ESPASA

Carme Chaparro

La química del odio

ESPASA NARRATIVA

© Carme Chaparro, 2018
© Espasa Libros S. L. U., 2018

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
Imagen de cubierta: © Henrik Sorensen-Stone-Getty Images

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 7.675-2018
ISBN: 978-84-670-5263-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

1

Barcelona, 1978

De los asesinos se aprende que, a trozos, todo se transporta mejor. No solo un cadáver. También el miedo. O el arrepentimiento. Incluso la pena. A trozos todo se puede llevar mejor de un sitio a otro porque cuanto más pequeños, más fácil te será deshacerte de ellos.

Pero todo eso Ana Arén lo aprendería con los años. En realidad, lo aprendería con el dolor que le fueron trayendo los años. Porque en ese momento, mientras el ataúd de su madre iba siendo engullido por un agujero en la tierra, esa niña que se tragaba las lágrimas no era capaz de digerir tanta angustia, aunque se la ofrecieran cortada en pedacitos como trozos de carne en el plato de un bebé.

De hecho, ni siquiera era capaz de sorberse los mocos. ¿Para qué esforzarse? Apenas tenía fuerzas para levantar de vez en cuando el brazo y restregarse por la cara la manga de su abrigo de lana azul —áspera y desapacible—, que poco a poco se iba calando con su pena. Un año después, cuando regresó el invierno y el abrigo de los domingos volvió a salir del armario, Ana notó el antebrazo rígido y firme. Entre las hebras de lana barata se habían secado —mezclándose ya para siempre— los mocos, las lágrimas y la tristeza del invierno anterior.

Igual que en el fondo de su alma.

—Cariño, mira cómo te estás poniendo.

La tía Sara —tan parecida a mamá que asustaba— le frotó por las mejillas un dedo que había mojado previamente en saliva. Pero consiguió lo contrario de lo que se proponía; los trocitos de lana

azul marino —humedecidos de llanto y mocos— se extendieron aún más por toda la cara de la niña, como si la pequeña Ana se hubiera contagiado de alguna extraña enfermedad. O como si, de repente, la pena hubiera adquirido la capacidad de hacerse físicamente visible. Y fuera de color azul. Oscuro.

De los asesinos se aprende que a trozos todo se transporta mejor.

Y a trozos se cortó Ana Arén frente al ataúd de su madre. Las hermanas de su padre se habían empeñado en que el velatorio se celebrara en casa. «Así lo hacíamos en el pueblo», insistieron ante todos, quisieran escucharlas o no. Pero, tras la autopsia, Úrsula y Antonia no tuvieron más remedio que acatar la ley y no montar un espectáculo público de quejas y lamentos. Por no causarle más quebraderos de cabeza a Rodolfo, pobrecito hermano, pobrecito mío, qué pena más grande, viudo tan joven, lloraron entonces a dúo.

En 1978 la luz aún no había llegado a los tanatorios. La eléctrica sí, claro. Pero no la luz del día. Las salas donde se velaba a los muertos eran oscuros huecos entre paredes que no se permitían —hubiera sido un pecado, Dios nos perdone— un atisbo al exterior, como si los rayos del sol fueran incompatibles con la pena y pudieran distraer de lo importante: llorar hasta que todos pensaran que no había nadie más desdichado que tú, que habías sobrevivido al muerto.

Sentada en una silla junto al ataúd, Ana ya ni siquiera hacía el esfuerzo de mirar a todos los que se recreaban en la pobrecita huérfana, susurrando lamentos que apenas sentían mientras le acariciaban el pelo con parsimonia. Para muchos de esos hombres y mujeres ella era solo un pedacito de carne al que tener lástima. O quizá es que al frotar las palmas de sus manos contra su melena rubia cumplían con algún tipo de exorcismo que los liberaba ya de toda obligación de seguir sintiéndose tristes o, al menos, de fingirlo, como si esa niña de seis años fuera la última estación de penitencia de una convención social de la que querían alejarse lo más rápidamente posible para no atraer a la mala suerte.

Ana se concentró entonces en sentir el cuchillo que se balanceaba en el bolsillo de su abrigo, imaginando que la punta traspasaba el forro y se le clavaba en la piel. Agradeció esa sensación de estar viva. «Si algo puede matarte es que aún no estás muerto». Tuvo que contenerse para no sonreír. No está bien sonreír en un funeral.

Y menos en el de tu propia madre. Así que metió el interior del carrillo entre los dientes y se mordió la carne hasta sentir calambres de dolor desde la sien hasta el cuello. Era un truco que le funcionaba cuando no quería que se le escapara la risa. Cuando era feliz. No hacía tanto. Tan solo dos días atrás.

Casi sin darse cuenta, Ana se metió la mano en el bolsillo, tanteando a ciegas el filo de la pequeña hoja de metal. Deslizó el dedo índice por el lomo helado, sintiendo el frío. Disfrutó de la sensación de clavarse la punta afilada en el centro de la yema del dedo índice. Hundió la carne hasta el hueso, muy despacio, ejerciendo la presión justa para que doliera, pero sin romper la piel.

Ni siquiera supo para qué había cogido el cuchillo del cajón de la cocina. Quizá para hacerse daño a ella misma y así acabar con ese vacío en el que estaba convencida que no podría vivir. O quizá para hacerle daño a alguien, porque alguien tendría que ser el responsable, alguien tendría que pagar por todo lo que estaba pasando esos días. Podía hacerlo. Vengarse. No debía de ser tan difícil. No con ese odio que sentía.

—Pobre pequeña huérfana, tan rubia y tan sola.

Y la pobre niña huérfana, tan rubia en una familia de piel oscura y tan sola tras la muerte de mamá, no supo lo que iba a hacer con ese cuchillo —lo que estaba haciendo ya—, hasta que alguien gritó. No recuerda quién. Pero sí que alguien gritó: «La niña, la niña, mirad qué está haciendo la niña».

De repente, el cuchillo se convirtió en algo apetecible.

Fue girando el mango hasta conseguir hacer un agujero en el forro. Durante unos segundos notó la placentera sensación de pasar el filo de acero por sus piernas e imaginó la sangre chorreando por sus muslos hasta el frío suelo de losetas. Un charco rojo y pastoso a los pies del cadáver de su madre.

Era incluso romántico.

Entonces, la enésima plañidera le acarició lastimosamente su larga melena rubia. Pobrecita niña huérfana. Tan rubia. Tan sola.

A Ana le golpeó el estómago la urgencia brutal por salir de ese bucle.

Su primer impulso fue agarrar con fuerza a esa mujer por la muñeca y gritarle que su pelo solo se lo acariciaba su madre —«Princesa,

te quiero tanto, te quiero tanto», le decía para dormirla— y que eso ya nunca más —empezaba a ser consciente en ese momento— iba a ser posible. Pero en vez de eso sacó el cuchillo y se lo acercó a la mejilla. Esperó un grito. No llegó. Nadie la estaba mirando. Así que agarró un mechón y comenzó a cortar. Era más difícil de lo que pensaba. El filo iba y venía haciendo crujir las fibras capilares, que chirriaban y se contorsionaban agónicamente antes de partirse en dos.

Seguía sin mirarla nadie.

Ella continuó cortando.

Los mechones yacían pulcramente ordenados sobre su falda.

—¡La niña, la niña! ¡Mirad qué está haciendo la niña!

La niña estaba poniendo mechones de su pelo rubio entre las manos de un cadáver.

Porque así mamá podría acariciarlos por última vez.

Eso es lo que le dijo a su tía Sara cuando la sacó del trance. «Así mamá podrá acariciar mi pelo por última vez».

Horas después, en el cementerio, huérfana y trasquilada, esa niña se limpiaba los mocos y las lágrimas con la manga izquierda de su abrigo de lana azul, a pocos pasos del foso por donde acababa de desaparecer el ataúd de su madre, con la cabellera rubia de su hija entre las manos.

Aunque aún no había concluido el funeral.

Todavía quedaba por enterrar a alguien más. Con delicadeza exquisita, los empleados de la funeraria depositaron en la misma fosa otra caja. Mucho más pequeña. Blanca. Dentro, solo y perdido en la inmensidad de un ataúd de tamaño infantil que le quedaba demasiado grande, Ana imaginó al que iba a ser su hermano pequeño.

—Cogeremos al que lo ha hecho. Te lo prometo, Ana. Lo cogeremos.

Fue lo único sensato que alguien le dijo esa mañana de funeral. Lo único que le hizo seguir viviendo a pesar de la tristeza, a pesar del miedo, a pesar de la soledad y a pesar de las pesadillas en las que Ana cae una y otra vez al foso en el que están enterrando a su madre.

Cogeremos al que lo ha hecho.

Y para eso sigue viva Ana Arén. Para coger al que le había hecho eso a su madre y al hermano que aún no había nacido.

2

2018

De los asesinos se aprende que el miedo apesta. El miedo huele mal para avergonzarnos, como gas intestinal viciado que se nos escapa sin control en un ascensor repleto. Nos señala, nos hace vulnerables. El miedo es una fina y delicada copa de cristal cayendo, tan frágil que sientes cómo se hace añicos mucho antes de que llegue al suelo y estalle.

Este miedo en concreto, colocado en el suelo de una habitación inmensa, había sido persona hasta tan solo unas horas atrás. Pero, ya cadáver, estaba dejando su miedo en herencia.

Está muerta. La han asesinado.

A ella. Y de esa manera.

La duquesa había sido hermosa, una belleza ya algo marchita que seguramente se descompuso mientras perdía la vida con cara de súplica. El asesino había diseñado la escena del crimen en su honor. Quizá incluso se la mostró antes de matarla: ahí tienes el escenario final de la última representación de tu vida. Una obra de teatro a tu altura.

Pero no funcionaba. Era imposible quitarse de la cabeza que lo que estábamos contemplando allí era un cadáver, y los cadáveres nunca quedan bien aunque el asesino se empeñe, porque, inevitablemente, la pieza principal de la escena —en este caso en concreto podríamos llamarla restos de señora rica entre joyas, sábanas de hilo fino y basura— tiene la extraña manía de devorarse a sí misma y fluir hacia el exterior.

Afortunadamente, eso aún no le había empezado a suceder al cuerpo junto al que acababa de llegar la inspectora jefa Ana Arén. Hubiera sido una pena, pensó, que esas joyas carísimas entraran en contacto con la putrefacción humana.

Al aproximarse a la víctima, Ana detectó un olor familiar. Su nariz fue más rápida que su cerebro: orina y heces. Los esfínteres ya se habían destensado, dejando escapar el contenido de la uretra y los intestinos. La calefacción, puesta a una temperatura exageradamente alta, aceleraba el proceso. «Nos vamos a cocer en mierda», reflexionó, sin darse cuenta de la falta de respeto hacia la mujer que yacía muerta a sus pies. Se había vuelto muy cínica. Su mente seguía en modo supervivencia.

—Menudo día para volver al trabajo, jefa.

¿Es que todos tenían que decirle lo mismo? ¿No había nadie discreto en aquel maldito grupo? «Sí; vuelvo hoy a trabajar, ¿y qué?».

O lo que realmente le apetecía decir: «Que os den».

De manera inconsciente, levantó la mirada y buscó a Nori entre la marabunta de agentes que llenaban aquello. Pero su cerebro enseguida cortocircuitó la idea. Nori no estaba allí. La inspectora jefa Ana Arén ya no tenía a su lado al mejor *subi* de toda la Policía Nacional, un hombre al que le confiaría su vida si hiciera falta.

—¿Qué, Ana? —insistió la voz—. Menudo día has escogido para volver. Aunque, bueno, ya se sabe, si te trasladan a homicidios, te toca bailar con los muertos.

Ella lo miró achinando los ojos hasta que las comisuras se le llenaron de arrugas finas y frágiles, como si no acertara a ubicar del todo a esa persona y así pudiera enfocar mejor el rastro de su memoria. En realidad, Ana sabía bien quién era, pero su cuerpo aún se estaba preguntando cómo reaccionar ante aquel hombre que la miraba desde su metro noventa y cinco de altura, clavándole los ojos por encima de unas gafas de hipermétrope que le habían resbalado hasta la punta de la nariz y que le hacían parecer algo bizco.

—Yon —contestó, al fin.

Se concentró en lo que tenía que decir. Y hacer. Por fin había conseguido dejar de ser un cadáver emocional. Le había costado mucho esfuerzo, pero ya controlaba casi todas sus reacciones. En lo de pensar, sin embargo, no había mejorado mucho. Seguía te-

niendo una imagen patética de la raza humana. Así, en general. Incluido de ella misma.

—Vaya, Yon. Ya era hora de que apareciera por aquí una cara conocida —consiguió articular.

Varias palabras seguidas. Sin tacos. Sin ira. Iba por buen camino. Siempre había querido utilizar esa frase de película —«ya era hora de que apareciera por aquí una cara conocida»—, y mientras la pronunciaba la imaginó en su cabeza con la voz de Charlton Heston. Quizá nunca encajara mejor en su vida como en ese momento, cuando volvía a enfrentarse a caras que los últimos meses había borrado de su memoria y de sus ganas.

—¿Qué haces fuera del laboratorio? —le preguntó.

—Ya ves —el forense le alargó la mano, sin atreverse a intentar darle dos besos—, las cosas han cambiado mucho desde... —¿Desde cuándo? ¿Qué diría para no herirla?—. Desde... ya sabes, Ana —Yon rectificó en el último instante y soltó la frase de carrerilla, como el niño listillo que responde a la pregunta de un profesor—, desde que Ruipérez se puso al mando de la central.

—Sí, será eso —respondió ella, sintiéndose más incómoda todavía.

Claro, será eso. Desubicada aún, Ana no alargó la mano para estrechar la que le tendía él.

Yon recogió su brazo y lo pegó al cuerpo con una tibia sensación de derrota. «¿Crees que estás preparada para volver al trabajo?», iba a preguntarle, pero no se atrevió.

—¿Cómo estás? —usó, en cambio, de manera neutra.

—Ahora mismo oliendo a cadáver en una de sus primeras fases *post mortem*. ¿Me equivoco?

—Veo que no has perdido tu instinto, inspectora jefa —contestó el forense, aliviado de que la conversación tomara un cariz profesional y, por lo tanto, previsible.

—No es instinto, es ciencia, Yon.

Ana se sintió cómoda de repente, hablando de manera mecánica de algo que no tenía que ver con ella, sino con la ciencia.

Sabia, exacta y bendita ciencia.

—Primera fase del *rigor mortis* —continuó—. Los músculos más pequeños de la víctima han empezado ya a endurecerse. Pero aún

podríamos mover las partes del cuerpo sin romperlas si aplicamos la suficiente fuerza. Yo diría que han pasado menos de veinte horas del asesinato. ¿A quién se le ocurre matar a alguien en Nochebuena?

—¿A alguien que sabía que yo iba a volver a trabajar precisamente hoy? —aventuró Ana, sorprendiéndose por ese retazo de humor negro que se le había escapado por la boca.

24 de diciembre. Un buen día para regresar a tu puesto de trabajo si no quieres encontrarte de golpe con la brigada entera, con compañeros que sabes que cuchichearán a tu espalda y que te mirarán —algunos con disimulo, otros procurando ostentosamente que te des cuenta—, tratando de descifrar cada pequeño gesto que hagas. 24 de diciembre.

Ese día solo estaban de turno los pardillos, y con los pardillos Ana se creyó con fuerzas para lidiar.

Un buen día para volver.

A no ser que asesinen a alguien en tu turno.

Sobre todo si asesinan a ese alguien en concreto que yace tumbado entre sábanas de algodón egipcio que como mínimo deben de tener mil quinientos hilos por pulgada cuadrada. Y, aún peor, si el asesino ha tenido el tiempo y la paciencia de preparar el cadáver de esa manera para quien lo encontrara.

La prensa se iba a relamer de gusto.

El cuerpo de Mónica Spinoza, duquesa de Mediona por vía vaginal —aunque hay quien argumentaba que en la obtención de su ducado también habían influido ciertas prótesis mamarias que la dama se había hecho colocar casi a la altura de las amígdalas—, yacía en el centro de su inmensa habitación sobre una sábana gigantesca que alguien había extendido sin dejar una sola arruga. Estaba desnuda, aunque por alguna razón el asesino había cubierto con otra sábana la parte superior del cadáver, desde la cintura hasta la cabeza. Justo en ese momento un par de agentes de la científica estaban retirándola, dejando a la vista la totalidad del cuerpo.

—Quizá no soportó la visión de ella muerta —comentó Ana, dando la vuelta alrededor del cadáver.

—¿Remordimientos? —reflexionó el forense.

—Suele pasar, ya sabes, cuando alguien cierra los ojos de la víctima o le cubre la cabeza es porque tiene remordimientos. Imagina

que el cadáver le está mirando, culpándole por haberlo matado, y no lo soporta.

—O quizá esté mandándonos un mensaje. Como esto. —Ana señaló la escena que había dispuesto el asesino.

La duquesa yacía rodeada por dos círculos casi perfectos. El más próximo a ella estaba formado por joyas que Ana imaginó carísimas, aunque no sería la primera vez que una pija rica fuera demasiado tacaña —o demasiado pobre para sus estándares sociales— y, en vez de comprarse joyones de los buenos, se cubriera con bisutería de relumbrón. Allí había larguísimos collares de perlas, anillos cuyo uso debía de provocar parálisis en los dedos, pendientes de todos los tamaños y colores y un par de tiaras —«¿Se dice así, tiaras, o serán coronas?», se preguntó Ana—, puestas de manera meticulosa una justo sobre la cabeza y la otra bajo los pies. ¿Una reina coronada, o una reina que ha perdido la corona? ¿Qué quería decirles el asesino?

El segundo círculo que rodeaba a la duquesa era más inquietante. Basura. Alguien había vaciado el contenido de varias bolsas de basura alrededor del cadáver. Cada uno de los objetos seguía una perfecta línea imaginaria que encerraba a la víctima y a sus joyas. Pieles de varios tipos de fruta casi transparentes de tan finas. Un bote de detergente. Papeles arrancados de un cuaderno de anillas —y apenas garabateados— hechos una bola. Cápsulas chorreantes de café expreso. Un puerro podrido. Cuatro macarrones —en perfecta fila india, como si aguardaran para entrar en algún sitio— todavía con algo de salsa de tomate adherida a su superficie. Dos botellines de cerveza. Un bolígrafo.

Ana dejó de anotar mentalmente el resto de los objetos. Nada le llamaba especialmente la atención. Y, en cualquier caso, siempre tendría las fotografías de la escena del crimen para recordar dónde estaba cada cosa.

—Tendremos que comprobar si la basura es de la casa o si alguien la trajo de fuera. ¡Agente Barriga! —gritó.

—Sí, jefa, buenas tardes, jefa, bienvenida, jefa —se aturulló el oficial de Policía.

—Con un jefa voy servida, José. Pregunta al personal de la casa, porque asumo que este casoplón tiene a varias personas tra-

bajando aquí, de quién es esta basura, y dónde y quién la tiró. Cosa por cosa. Hasta las cápsulas de café. Quiero una lista detallada.

—Sí, jefa. Enseguida, jefa —asintió el agente, sin dejar de pensar en el asco que le daba todo aquello—. Perdón, jefa.

—Y ya. Vete. No te me quedes mirando como si yo fuera el oráculo que va a dar respuesta a tus preguntas.

Ana aún no lo sabía, pero había escogido el peor día para volver a trabajar.

—Los niños. Los niños. ¡Los niños de la señora!

Un hombre con un uniforme gris llegó corriendo junto a Ana y Yon, pero tuvo que apoyarse en la pared antes de seguir hablando. Jadeaba. Tosió un par de veces. Se encogió llevándose la mano al costado derecho, como si tuviera un ataque de flato. Levantó la cabeza, aún doblado sobre sí mismo, pero las palabras no le salían.

Inhaló una bocanada eterna. Y cuando ese aire por fin salió de sus pulmones, formó una frase.

—En la piscina —vomitó, con una mirada vacía que Ana no entendió hasta minutos más tarde—, están en la piscina, los niños. Manuel y Consuelo.